



CUARTA PARTE.

Un hombre por una nacionalidad.

CAPITULO PRIMERO.

LA ULTIMA PALABRA.

I

La noticia de la locura de Carlota cayó como un rayo en la corte de México.

Maximiliano se abatió profundamente, su primer pensamiento fué el de volver á Europa y abandonar el suelo mexicano donde había comenzado á eclipsarse ese fuego fátuo de su fortuna.

El infeliz archiduque quedaba solo en el mundo á la merced de sus enemigos.

Los hombres y la fortuna lo abandonaban.

Aquel espíritu otras veces tranquilo, perdió su serenidad habitual, y una vez en la senda del extravío, tenia que perderse.

En tan crítica situación llegó la noticia de que el general Castelnau, ayudante de campo del emperador Napoleón III, llegaba con instrucciones del gabinete de Saint Cloud.

Aquellos despachos traían acaso los convenios celebrados con la emperatriz Carlota, y que no pudieron terminarse á causa de la desgracia acaecida á la infeliz hija del rey Leopoldo.

Maximiliano se trasladó á Orizaba, y los periódicos anunciaron que S. M. quería estar cerca de Veracruz para recibir con más prontitud las noticias europeas, porque se hallaba demasiado inquieto por la salud de su augusta esposa.

Lo cierto es, que Maximiliano pensó seriamente en abandonar el territorio.

Alguna cosa trascendía el público de aquella confusión de determinaciones atropelladas, donde la prensa comenzó á balbutir algunas palabras acerca del próximo viaje del emperador.

Se sabía que el capitán del "Dandolo" que hacía un año permanecía como un gigante clavado en las rocas del Golfo, había recibido orden de prepararse para recibir á bordo al ilustre viajero.

La prensa francesa, que veía por el suelo el trono de Maximiliano, comenzó á propagar noticias alarmantes; *viró*, como dicen los marineros, al cambiarse la aguja de la fortuna, y comenzó á insultar á aquel hombre ante quien se había arrojado á quemar el incienso de la adulación y de la bajeza.

¡Pobre Maximiliano! ayer le coronaban de flores, y le victoreaban las tropas expedicionarias, y le cantaban himnos los escritores, y al verlo abandonado, le maltrataban y ponían el INRI sobre aquel trono hecho pedazos!

Los franceses estaban en la plenitud de su carácter.

Algo les amargaba lo ridículo de su situación, ese bochorno que pasaba una bandera tan gloriosa.

La Francia afectaba estar en su derecho al retirar la expedición y procuraba hacerse creer que los Estados Unidos no habían influido en sus determinaciones.

Su careta era transparente, y era difícil jugarla en ese carnaval sangriento.

II.

Maximiliano se dispuso á recibir á Castelnau.

Cuando el alma ha entrado en la tormenta de la desesperación, acepta una esperanza aunque sea lejana.

Deseara saber la impresión que había causado la presencia de Carlota en las cortes europeas.

Llegó al fin ese momento terrible en que el ayudante de campo se encontrara en la presencia de Maximiliano.

Castelnau se manifestó arrogante ante la majestad caída del emperador.

El archiduque manifestaba en su semblante todo el dolor de sus sufrimientos.

Estaba profundamente triste, cubierto ó impregnado de una melancolía intensa.

El enviado de Napoleón comprendió á primera vista la tempestad que sacudía el ánimo del desgraciado monarca.

Castelnau quedó un momento contemplando aquella fisonomía donde se trasparentaba una angustia profunda.

—S. E. el mariscal de campo puede tomar asiento.

—Agradezco á V. M. esa distinción.

¿Se ha restablecido la salud de S. M. imperial Napoleón

III?

—Así parece, señor y su primer cuidado ha sido el de ocuparse de las graves cuestiones que tienen relación con el imperio mexicano.

—Yo fío en la Providencia, y mi confianza se apoya en las manifestaciones de simpatía del pueblo.

—Base insegura, señor, en cuanto al cimiento popular, que es frágil como espuma.

—No puedo ocultar, señor general, el vivo deseo que tengo de saber las altas disposiciones de S. M. Napoleón III.

—Nada ocultaré á V. M. de cuanto ha pasado.

—Ya os escucho.

—Para evitar complicaciones con los Estados Unidos, como ha tenido el honor el señor barón de Saillard de manifestar á V. M. á Francia retira las tropas expedicionarias. Se había convenido con el emperador de Austria que enviase un contingente de voluntarios, pero S. M. José II quiso á su vez contemporizar con la Unión Americana, y disolvió el cuerpo de ejército.

—Estoy al tanto, señor general, de ese acontecimiento.

—V. M. ve, que el nuevo proyecto de la Francia fracasó en su cuna.

El último empréstito no ha podido cuotizarse y se ha alzado una grito terrible contra el gobierno del emperador, pretendiendo que la Francia se haga cargo de satisfacer los dividendos del empréstito de París.

—Precisamente contaba el imperio con esa suma para liquidarse y poner en vía de pago las convenciones; pero vuestro gobierno tuvo á bien tomar la mayor parte por cuenta de su deuda, y esto desniveló por completo.

—V. M. me permitirá no contestar esos cargos, y ceñirme á la cuestión que tengo el honor de exponer á la corte de México.

—Continuad, señor general.

—Los Estados Unidos han pretendido que la Francia hiciese salir á su S. M. del territorio de grado ó por fuerza.

Enrojecióse el rostro de Maximiliano, sus dedos se crisparon terriblemente y su mirada se fijó tenazmente en la mirada audaz de Castelnau que la sostuvo valientemente.

—La Francia, continuó el ayudante de campo, ha creído de su deber consultar ese punto con V. M.

—¿Y con qué derecho, dijo Maximiliano con voz concentrada de furor, se permitiría ningún soberano arrancarme de las gradas del trono?

Castelnau iba á responderle: "con el mismo derecho que le asistía al traerlos á estas regiones."

—Perdone V. M., yo no soy más que el mensajero de todo lo que tengo el honor de exponer á S. M.

—Acabemos, señor general, yo he sido insultado hasta el último grado por la Francia.

S. M. Napoleón III piensa que V. M. debe *abdicar*, antes de llegar á un momento supremo.

La abdicación señor general, se hace en los instantes terribles de la revolución, se hace delante la muerte, como Luis XVI; yo poseo todavía elementos de preponderancia que puede sostenerme en el sólio.

—V. M. comprenderá que la disyuntiva es terrible, la *muer-te* ó la *abdicación*: la Francia os aconseja el último extremo.

—Y yo no lo acepto, señor general, porque mi dignidad es lo primero.

—Señor, la dignidad de la Francia estaba comprometida, y una *razón de Estado* la hace aceptar una situación que no se registra en sus anales.

—Es verdad; pero los de mi raza son intransigentes.

—S. M. José II, cediendo á otra *razón de Estado*, después de la catástrofe de Sadowa y la pérdida del Lombardo Veneto, ha disuelto el cuerpo de voluntarios.

Maximiliano movió la cabeza con impaciencia.

—Reflexione V. M. que su permanencia en México es ya imposible, que todos los sacrificios serían estériles, y que sólo se añadiría una página más de sangre á la historia infortunada de este país devorado por la monarquía.

—Moriré en mi puesto, señor general.

—La augusta emperatriz, abandonada en el recinto de Miramar, llamándoos de continuo, sería otra víctima inocente sacrificada en aras de una crisis desesperada.

Al recuerdo de Carlota volvió á nublarse el semblante del austriaco, sus ojos se humedecieron, y sin querer llevó las manos al corazón oprimido.

—Es verdad, dijo tristemente, todo lo que me rodea es espantoso.

—Señor, la Francia participa hondamente de vuestras penas.

—Pero es necesario de todo punto meditar esta cuestión, los Estados Unidos no traerán una sola bayoneta al territorio mexicano.

—S. M. me permitirá mostrarle todos los despachos que justifican la conducta de mi gobierno en este delicado asunto. La Francia no es dueña ya de su albedrío. Contra el tenor de los convenios celebrados con los Estados Unidos, las fuerzas no han comenzado á salir del territorio; la fecha del primer plazo se ha pasado, y ojalá que se pudiera aún revalidar esa convención.

—No os comprendo bien; haga S. E. el favor de ser más explícito.

—Lo seré si V. M. me lo permite. La Francia no ha cum-

plido, esta es la palabra, lo pactado con la Unión Americana; esto ha motivado una hora terrible que en otras circunstancias se hubiera lavado con sangre; pero hoy..... leedla, señor, y diga V. M. si Napoleón III no conservará una situación tan angustiosa como la de V. M.

El emperador tomó el pliego que le presentó Castelnau y leyó para sí la nota cuyos pasajes más interesantes copiamos á la letra:

No podemos conformarnos (habla del cambio introducido en la retirada del cuerpo expedicionario,) primero, porque las palabras *primavera próxima*, son demasiado vagas: segundo, porque la garantía que tenemos para la retirada del cuerpo expedicionario en la primavera, no es mejor que la que teníamos para la retirada de una parte en Noviembre: tercero, porque contando con el consentimiento de Napoleón, al paso que deseábamos la retirada de las tropas francesas, hemos tomado medidas para cooperar con el gobierno de México á la perfección del país, apresurando la plena restauración de la autoridad constitucional de ese gobierno. Entre esas medidas se encuentra la del envío á México de Mr. Campbell acompañado del general Sherman, para que conferencién con Juárez sobre un asunto que tanto interesa á los Estados Unidos y es de tal vital importancia para México.

"Nuestra política y las medidas tomadas en la inteligencia de que iba á empezar la desocupación, se pusieren aquí en conocimiento del gobierno del emperador."

"El emperador comprenderá que no podemos retirar á Mr. Campbell, ni *modificar* las instrucciones conforme á las cuales piensa tratar con el gobierno de México, y que el gobierno cuenta naturalmente con que no siga la ocupación extranjera y hostil. Diremos en consecuencia al gobierno del emperador, que el secretario del presidente espera que la evacuación de México se lleve á cabo de conformidad con el acuerdo vigente, y con lo con ello informará á Mr. Campbell, según lo permita la *complicación importuna* que motiva esta nota. A las fuerzas militares de observación de los Estados Unidos, se les enviarán instrucciones para que en cualquier caso esperen órdenes del presidente. A todo esto se procede fiando en que el telégrafo ó "La Mala" traerá una respuesta satisfactoria.

"Dará usted al gobierno francés seguridades de que los Estados Unidos al paso que procuran ayudar á México, no tienen más anhelo que el de mantener la paz y las buenas relaciones con Francia; y el presidente no se permite poner en duda que lo que se ha determinado en Francia en mala hora, se determinó por inadvertencia, sin pensar en los embarazos que han de suscitarse aquí después de transcurrido el periodo se fijó primitivamente para la evacuación completa."

—Este lenguaje, observó el ayudante de campo, es descono-

cido hasta ahora en el idioma de la diplomacia; está fuera de los límites hasta de la común galantería de las naciones.

Maximiliano no quería creer en lo que acababa de enterarse.

Le parecía increíble la audacia americana.

Las raíces todas de la esperanza se arrancaban dolorosamente de su corazón: no obstante, el paso terrible y bochornoso de la *abdicación*, pesaba fuertemente en su ánimo, y aquel hombre orgulloso vacilaba como un insensato envuelto en la tempestad de las contradicciones.

Quedóse meditabundo, irresoluto, lleno de contrariedad, agitado como una débil barca entre las olas y el huracán.

—Señor, dijo Castelnau interrumpiendo aquel silencio desesperante, V. M. y la Francia pueden salvarse; manifieste el soberano que cediendo su puesto á la voluntad de un pueblo, lo deja en libertad para constituirse después de haber ensayado la pacificación por medios que han estado al alcance del poder y de acuerdo con la humildad y la civilización: abdique V. M., y este paso dará motivo para la separación del ejército francés del territorio imperial.

Castelnau trataba ardientemente de salvar su bandera, estaba en su derecho.

Hay cuestiones que una vez lanzadas en el mundo de la política, ya no pueden recojerse, y entonces es necesario resignarse á sufrir el juicio y la sentencia inexorable de los contemporáneos y de la historia.

—Comprendo, dijo el emperador, la angustia de la Francia y lo penoso que le es continuar en este terreno verdaderamente resbaladizo. S. M. Napoleón III hubiera trastornado la Europa entera á una sola de estas palabras; pero la distancia y el deseo de conservar la paz, lo vuelven resignado: acaso esperaba que durante el tiempo de la desocupación, surgiesen algunos acontecimientos que lo hiciesen variar: pero desgraciadamente no ha sucedido así, y la resolución tiene de llevarse á cabo.

—V. M. comprende perfectamente lo que pasa.

—S. E. el general Castelnau comprenderá también, repuso friamente el emperador, que en este negocio es necesario que cada uno sufra la parte que le toca en la catástrofe, así como ha compartido el triunfo. La Francia pasa por las puertas del ridículo, yo paso por las de la muerte.

Castelnau se puso á la altura de la situación, comprendiendo que no había remedio alguno, que Maximiliano no se prestaría á la última farsa, y que á su vez dejaba á la Francia dentro del toro de Phalaris.

—Insisto por última vez, señor, en que el pensamiento de la abdicación es el único salvador.

—Y yo insisto para de una vez, en que permaneceré en el

escaño del trono hasta ser arrojado por las olas revolucionarias.

—Señor, dijo Castelnau, ved lo que pasa en los confines del imperio; Guaymas y Mazatlán han sido desocupados por las tropas francesas, y ya están en poder de la República.

—Estoy al tanto, señor general, de esos sucesos, y tengo despachos que me anuncian que Juárez ha sido recibido en triunfo en la ciudad de Chihuahua, y además, del alzamiento de todos los pueblos al sentirse fuera del alcance de los zuavos.

—Entonces, señor ¿por qué cerrar los ojos ante ese torrente que todo lo devora? La Francia está en el deber de salvaros.

—Y quién salva á la Francia, señor general?

¡La revolución es omnipotente!

—Yo sé, señor mariscal de campo, que la dejo venir porque estoy seguro de ahogarla entre mis brazos; aún cuento con hombres de valor y de resolución: mi popularidad es grande, y mi decisión más todavía; voy á luchar con mi destino: decidle al emperador que fué mi glorioso aliado, que he consultado á mi Consejo y Ministerio sobre este punto, y que oído su parecer, hace una hora que he mandado se comuniquen á los pueblos del imperio que acepto en todas sus consecuencias la situación, y entro en las eventualidades con valor, y dispuesto á morir si ese es mi destino.

—Señor.....

—Decidle á S. M. que no abdicaré jamás, ni huiré como Pío IX y el rey de Napoleón, ni esperaré una restauración vergonzosa como Luis XVIII.

En aquellos momentos un repique á vuelo se dejó oír en las iglesias de Orizaba donde pasaban estos acontecimientos.

La detonación de las salvas y de los cohetes, las músicas que recorrían las calles, y los gritos entusiastas de los vítores que se detenían frente á la casa alojamiento del emperador, formando un eco de alegría y de expansión popular.

—Mirad, dijo Maximiliano abriendo la ventana; ved á ese pueblo que viene á ofrecerme su sangre; él me ha detenido, él quiere que yo empuñe su bandera, que lo presida en sus grandes destinos, en el porvenir..... Señor general, contad esto á S. M. lo que habéis presenciado, y sabéis que no abdicó; esta es mi última palabra.

III.

Castelnau salió desesperado, creyendo que el austríaco estaba menos en su juicio que su augusta esposa la emperatriz de México.

Efectivamente, era una demencia soñar en el establecimiento del imperio, toda vez que los Estados Unidos habían determinado la muerte de la monarquía y el pueblo mexicano se alzaba como un solo hombre para combatirlo.

Maximiliano se encontraba en una situación excepcional.

Volved á Europa á encerrarse en su Santa Elena de Miramar, era presentarse en el foro del ridículo y del desprecio.

Permanecer en México, era exponerse á morir en la demanda.

El pobre archiduque, hombre de corazón, optó por el segundo extremo, no sin combatir algunas vacilaciones que le asaltaban y que al fin determinaron la convocación de otra junta en la capital; y á la cual llevaremos muy pronto á nuestros lectores.

Corrió por el telégrafo la noticia de que el archiduque se quedaría en México, la que fué recibida con entusiasmo por los imperialistas, que faltos de recursos para poder marchar al extranjero, se asían del manto imperial como su último refugio.

El desconsuelo de un partido al ver prófugo á su jefe sólo puede compararse al de una tripulación, al saber que el piloto y el capitán se han lanzado en una lancha abandonando el buque que comienza á devorar el fuego.

IV.

Maximiliano recibió ese mismo día á Márquez y Miramón, y combinaron un plan de campaña, haciéndose ilusiones, y pintándose horizontes color de rosa, sobre los que la mano del destino tendió más tarde un velo mortuario.

Aquellos dos géneos de la rebelión y de la asonada participaron del sonambulismo de su señor, y consultando en su ambición lo que esperaban en el porvenir, empuñaron la bandera de los grifos, y puestos al frente del ejército imperial, se creyeron dueños de la situación, pensando en renovar los días aciagos de la revolución de reforma, en que la suerte coronaba sus estandartes y sus armas se abrían paso entre las filas indisciplinadas de la República.

¡Sueño incensato!

Los tiempos habían variado, los soldados de la independencia fogueados en los encuentros de tres años consecutivos de combates, se habían hecho veteranos.

Las chusmas se habían improvisado en ejércitos.

El pueblo, empuñando las armas para conquistar su independencia, era omnipotente.

Maximiliano había dicho tres años después de su advenimiento al trono, su última palabra,

El pueblo había dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Había decretado la *victoria*, como los convencionales de la revolución francesa!

CAPITULO SEGUNDO.

CUARTO MENGUANTE.

I.

La escena había cambiado por completo en la casa de los Fajardos.

Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros días se había extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caída del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la orden de Guadalupe, arrancando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoración.

Suscribió al *Marqués de Caravca*, periódico republicano, y á la *Sombra*; ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el fiasco intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este suceso en metros, rimas y prosa.

—Este periódico, decía Don Modesto á su desolada esposa, tiene su chispa, no se le puede negar: voy á leerle los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos *desafrancesado*, nos satisface ver satirizados á esos caribes. Oye la letrilla. *Que se me va mi francés.*

Procopia la Bulli-bulli,
Hermosísima mujer,
 La de los bucles postizos
 Que compró á munsieur Macé,
 La de flexible cintura
 Delgada como un tonel,
 La de las canas teñidas
 Con tintura de Bennet.
 La joven más á la moda,
 Joven de Matusalén,
 La que ama furiosamente
 Al sargento Coquelet
 Gendarme, según se dice,
 O cazador de Vincennes,
 Fué la que la dijo *¡charmante!*
 Y en tal error la hizo creer;
 Procopia, repetiremos,
 Llorando exclama doquier:
 Estoy al volverme loca,
 Se va á marchar mi francés.

No hay remedio, yo sucumbo
 De esta hecha me va á dar *fiebre*,
 O el *croup*, que es importación
 Del ejército francés,
 Esta ausencia me sofoca,
 Me saca de quicio, me.....
 ¿Porque á este ingrato *munsieur*,
 Tanto he llegado á querer,
 Que siento perder la vida
 Ahora que le pierdo á él?.....
 ¿Y si quisiera llevarme
 Para su patria?.....*tré bien*,
 Allí me pondría de gorro
 Y de vestido de *muaré*;
 Allí me galantearían
 Todos en coro, á la vez,
 Que en eso se pinta sola
 La juventud *paricien*.....
 Pero no ¡qué disparate!
 ¡Nada de eso puede ser!.....
 Lo cierto es que se me escapó
 ¡Qué se me vá mi francés.
 Tú el de los ojos del cielo,
 El de labios de clavel,
 El de cabellitos de oro,
 El de sonrosada tez,
 El de calzado colorado
 Como bolsas de almofrez,

El de flexible cintura,
 El de los enormes pies;
 ¿Por qué te alejas, ingrato,
 Porqué me dejas, *mon cher*?
 Diez y ocho meses nos quedan,
 Otras en menos de un mes.....
 No soy tan afortunada,
 No tengo yo ese *caché*!
 Iré como vivandera
 Cantando tras de *l'armée*,
 Diciendo con voz doliente,
 En tu *patrie* te veré,
 Adiós, trompeta de *Afric*,
 Adiós, ilustre francés!

--Maldita la gracia que me hacen esas sátiras de los Aristófanes y ¡La Fontaine! he aquí unos parodiadores de Voltaire, sin talento, sin oportunidad.

-Y no has visto el artículo de fondo; aquí se asegura la caída del emperador.

-Calla, Fajardo, calla, porque cometo un horror con ese papelucho.

-Oye un parrafito que no debemos echar en saco roto.

"El partido republicano queda, pues, en la lid, a'entado al ver de menos treinta mil combatientes; los conservadores, separados de la política después de su protesta, y los indiferentes. La legión extranjera y la pequeña guarnición mexicana son el único sostén armado de la administración. Un vaivén de la política coloca de improviso el trono de Maximiliano en el cráter de un volcán."

--¡Esto es infuero! ¡abominable!me han encajado un colerón terrible!

--Lo peor es que no deja de ser cierto cuanto dicen estos demagogos.

La fortuna es que nosotros en nada nos hemos mezclado, hemos cedido á la fuerza y á los compromisos; á mí, S. M. la emperatriz me encomendó la casa de los lisiados; ¡Dios mío! y qué de horrores he visto en ese abominable establecimiento! no había un sólo de esos entes que tuviese sus miembros completos, aun tengo náuseas al recordar aquellas atrocidades. Y todo eso era por servir á la humanidad, el imperio nada tiene que ver con los lisiados.

--El imperio es ahora el lisiado; porque yo estoy convencido de que esto no tiene remedio.

-Y todo por culpa del monarca que no ha protegido á la religión; porque es necesario convencerse de que sin frailes no es posible ninguna sociedad. Cuando recuerdo los días de

nuestro padre San Francisco y Santo Domingo, el encuentro de los señores religiosos en la calle de Santa Clara á cuyo acto le llamaban el *tropetón*, y todos se abrazaban oprimiéndose dulcemente, ¡oh! ¡y qué bien rizados llevaban los copetes! ¡y qué bien recortados los cerquillos! ¡y aquel taco para portar los hábitos! ¡Dios mío! ¡los frailes son importantísimos; qué órdenes de predicadores!.....La virtud resplandecía en sus rostros relumbrosos, amortizados; me hacía gracia hasta verlos tomar polvo; ¡qué donarie! vamos, si las porterías eran unos salones de tertulia encantadores.

-Desde entonces no se han vuelto á oír aquellos sermones; hoy el padre Cavallieri estropeando el castellano.

-Es atroz!

--El tiempo de Zoulaga y de Osollo no volverá, Fajardo, el venerable clero se ha hundido para siempre.

-Como dicen que la emperatriz es protestante, no hay protección ni á las religiosas.

-De esas sí no tienen que hablar los demagogos, no se mezclaban en nada terrenal; cierto que se volvían locas de gusto las *madrecitas* cuando triunfaba nuestro partido, ¿pero á que se contraían sus satisfacciones? á regalarnos rosarios, medidas, escapularios, puchas y rodeos; he ahí una inocentísima é inofensiva.

-¡Qué tiempos, Canuta!

--¡Qué tiempos, Fajardo!

-Aquí viene el único amigo que nos ha quedado; entra, querido Cantoya, entra y hablemos de nuestra situación.

-¿Y Efigenia? preguntó Doña Canuta.

--Se ha detenido en la antesala.

--Voy á recibirla mientras ustedes arreglan el país.

-Vaya usted, mi señora Doña Canuta, dijo el señor Cantoya, y se puso á charlar con el diplomático.

II

Mientras los dos hombres de Estado conversaban misteriosamente, llevaremos á nuestros lectores al corredor de la casa de Don Modesto, donde pasaba una escena más que interesante.

Doña Efigenia, esposa de Cantoya, había dejado entrar á la sala á su consorte, deteniéndose por acaso en el corredor, donde le había dado una cita un individuo.

—Hace dos horas que os aguardo, con treinta mil diablos! dijo una especie de gigante vestido de cazador de Africa, y á quien sin duda no han olvidado nuestros lectores.

—Poleón!.....Poleón! responfa la obesa Efigenia, la voz de tu amor y de tu ternura me conmueve.

—Rayo del cielo! esto es abusar de mi paciencia.

—Cálmate, amor mío, sabes que el tirano doméstico me sacrifica.

—Pues ahógale como á una lechuza ¡diantre! he estado á pique de ser visto por el cernicalo de Mr. Fajardo, y se hubiera armado una buena.

—Ten reposo, reflexiona, angel mío.

—Yo no soy angel, soy un demonio que hoy hago una barbaridad.

—Yo hubiera deseado estar más pronto á tu lado, pero.....

—Estais demasiado gorda; eso se comprende á mucha distancia.

—¿Hoy es cuando te parezco deforme?

—No, desde el principio; ¡demonio! pero yo creo que os amo, y esto me trae á estos lances; yo acostumbro asistir con espada en mano á mis citas, perdonad, pero prefiero estar de guardia á andar á salto de mata.

—¿Conque me amas?.....ah!.....oh!.....eh!

—Vamos, cuidado con desmayarse que tenemos mucho que arreglar.

—Habla, Poleón, habla!

—Ha llegado la hora de partir; los bagajes y acémilas salen esta noche; conque, conque, disponte.

—Yo huir!.....Dar ese escándalo!..... no, parte solo con las acémilas y déjame entregada á la desesperación de la ausencia.

—Cómo se entiende?

—Que el techo conyugal es sagrado!

—Qué sagrado, ni qué demonios! ya el carro está dispuesto, sólo falta vuestro equipaje. Ah! no olvidéis vuestras alhajas.

—Lo pensaré!.....lo pensaré!.....lo.....

—Señora, yo no pienso nunca, ni permito que otros piensen; conque vamos andando, que todavía me falta pasar revista á los otros caballos del regimiento.

Doña Efigenia enclavijó las manos, hizo media docena de visajes, y volviendo los ojos á la luna como Norma, oh! dijo: tú ves mis intenciones, astro de la noche, tu alumbras mi frente con.....

—¡Con mil carretadas de demonios! yo no estoy para pantominas, las mulas nos esperan.

—No puedo resolverme.

Doña Canuta estaba escuchando la conversación tras una columna del corredor.

—¡Dios mío! murmuraba llena de ira, el alférez Poleón enamorado de ese hipopótamo, cuando yo era la que debía ocupar su corazón!.....esto es inconcebible!.....se trata de un rapto, es necesario impedirlo á todo trance, mi casa no puede ser el teatro de una catástrofe, en caso de haberla sería conmigo....no, no puede ser....el caso es que yo tiemblo ante ese antropófago, es capaz de atravesarme, tiene unas garras de elefante....esta Efigenia nada me había dicho, esto no es corresponder á la confianza que yo le dispenseo.

Doña Efigenia, viendo que no podía contrariar á Poleón, se fingió la desmayada.

—¡Rayo! gritó el alférez, es imposible que cargue con esta mole, pero es necesario probar.

Avalanzóse aquel Hércules, tomó por la cintura á la esposa de Cantoya, y logró ganar la escalera y la puerta de la calle.

...¡Eepen! grito el alférez á su antiguo asistente, ayúdame.

Entre los dos cazadores se llevaron la presa directamente al cuartel de caballería, donde estaban cargando los equipajes para la marcha.

III.

—¡Se la han llavado! dijo asustada Doña Canuta asomándose por el balcón que daba á la calle; avisemos á su desgraciado esposo. De lo que se ha librado el infeliz de mi marido.

El diplomático y Cantoya hablaban acaloradamente sobre las conferencias que debían tener lugar al siguiente día en la hacienda de la Teja entre el emperador, los consejeros y el mariscal Bazaine.

—Esta nueva junta, decía Cantoya, y tenía razón, muestra que Maximiliano aun duda del camino que debe tomar.

—Es cierto; creíamos que con las conferencias de Orizaba todo estaba terminado; nos hemos llevado un petardo horroso. La situación es difícil y complicada, la retirada es violenta y en masa, la revolución crece y se dilata, el presidente Juárez ha llegado á Zacatecas y Escobedo á San Luis, la frontera se ha perdido y Morelia está en vísperas de caer, los tornillos de la máquina se han trastrorcado.

—El emperador vacila; pero yo he oído hoy á dos de sus consejeros; que han prometido ponerle en el carril y hacerle llevar adelante su resolución de aceptar de lleno todo.

—Lo dudo, amigo mío; el viento sopla del lado contrario; estamos perdidos.

—Usted ve visiones; un imperio no se deja así nomás.

—Es que los republicanos vienen como perros rabiosos, y son capaces de ahorcar hasta los expedientes.

—Me da usted calosfríos, amigo Cantoya

—Yo no duermo, tengo pesadillas, me parece que hasta mi esposa me abandona, y eso que no llegué sino á *Maestro de ceremonias*.

—Estoy horripilado..... ya me deshice de todo lo que pueda comprometerme; he guardado la cruz y el espadín,

—Usted está perfectamente.

—¿Cómo perfectamente?

—Como que Luz está en amores con un general juarista.

El diplomático se sintió salvado: hasta entonces caía en lo que cualquier otro hubiera pensado desde luego.

—Amigo Cantoya, respondió hipócritamente, usted sabe que yo no tengo confianza en ningún republicano; ese hombre es capaz de enviar á su chusma á que me sacrifique para librarse de mí, que me opondré siempre á su enlace con mi hija.

—Hace usted mal, y él hará muy bien.

—¿Cómo bien?

—Sí, siempre que usted sea una rémora, debe aprovechar tan buena oportunidad.

—A mí no me parece de las más buenas.

—Sea lo que fuere, usted toma iglesia debido á esa casualidad.

—Vea usted, amigo Cantoya, á usted le consta que yo no he estado muy contento que digamos con el tal imperio; desde que me iban á azotar, la verdad me enfié demasiado.

—Sí, pero usted es imperialista de corazón; así lo ha dicho multitud de veces.

—Distingo, señor Cantoya; yo fui ó pretení ser partidario de la monarquía, siempre que ésta fuese algo republicana; pero imperialista neto, jamás!

—Señor de Fajardo, usted no recuerda bien ó ha olvidado las especies.

—No, hombre, maldije á los franceses, y cediendo á las simpatías de mi hija, tendré que reputar como á mi hijo al general Fernández, á quien el Exmo. Sr. Presidente de la República D. Benito Juárez tiene en mucha estima; porque como el Exmo Sr. Ministro de Relaciones D. Sebastián Lerdo de Tejada, le ha encargado varias comisiones, y el Exmo. Sr. ministro de.....

—Basta de excelencias, Sr. Fajardo; usted está completamente vuelto, ha despertado de las filas imperiales.

—Como el Exmo. Sr. Ministro de Hacienda C. José María Iglesias y.....

—Ya no hay que contar con usted; está más rojo que los mismos excelentísimos señores que tanto cacarea.

—Usted volverá al carril, señor de Cantoya; quiera Dios

que haya algún acontecimiento que lo desiemperialize á usted, que está recalcitante como un chambelán.

—¡Todos!.....¡Todos!.....dijo trágicamente el señor de Cantoya; ¡todos se retiran y lo abandonan!

—Amigo mío, los extranjeros son siempre extranjeros.

—¿Y que me cuenta usted?

IV.

Doña Canuta se precipitó en la sala aventando las puertas vidrieras con un estrépito horrible.

Los dos amigos se levantaron asustados.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—Acontece que...que...decifra desmoralizada Doña Canuta.

—¿Entran ya los republicanos?

—No, no....quien sale es su esposa de usted en brazos de.....

—¿De quién?

—Del sátrapa.

—¿Qué sátrapa?

—Del alférez Poleón, ¡que ha cometido un raptol!

—¡He ahí! gritó el diplomático, uno de los efectos de la intervención.

—¡Efígenia!.....¡Efígenia!.....¡esposa mía!.....¡conque se la han robado, eh?.....pues ...pues...me alegro!.....ella pierde más, ...¡yo la maldigo!...

—¿Pero hombre, usted deja así que un cazador de Africa cargue con su mujer?

—Sí efectivamente la carga, en el pecado lleva la penitencia.

—Señor de Cantoya, gritó Doña Canuta, usted es un hombre que no tiene nervios; sea lo que fuere, usted debe evitar ese raptol adulterino; recuerde usted aquellas magníficas estrofas de Rodríguez Galván:

Adúltera esposa, veló á Jesucristo;

Y estás perdonada, le dijo el Señor.

—Se conoce, dijo irritado el señor de Cantoya, que el Señor no era el marido, sino, lejos de perdonarla, le hubiera dado unas reverendas palizas.

No le escasearán con el alférez Poleón, que es un bruto de primera fuerza.

—Puesto que usted se empeña, marchó en pos de Efígenia.

—Acaso sea tarde; las bestias deben haber salido hace una hora.

—Es fuerza darle alcance á mi esposa.

—Corra usted, amigo Cantoya, corra usted acaso sea tiempo de evitar una desgracia.

—Sí, evitémosla.

—El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó el sombrero y salió en busca de su adorada mitad.

V.

—Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en lugar de Cantoya, comenzaría por exigir una indemnización á la Francia.

—¿Y usted cree, caballero, que hubiera suficiente dinero en el tesoro de Napoleón para indemnizarlo de mi pérdida?

—No, amiga mía pero yo soy poco ambicioso; unos cuantos millares de francos.....

—¡Calle usted, hombre imbécil!

—Querida mía, se nos había olvidado un asunto esencial y de vital interés.

—¿Cuál?

—Vamos á caer parados si se establece la República.

—¡Te chanceas!

—Para chanzas estoy.

—Será alguna de tus majaderías diplomáticas.

—Cuidado con la diplomacia, eso es un asunto sagrado.

—Pues habla, para que nos entendamos.

—La casualidad viene en nuestro auxilio; nuestra hija Luz nos salva de la catástrofe con sus relaciones con el general Fernández.

—No; yo rechazo una y cien veces la salvación de manos de un demagogo, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos rebajaremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.

—Entonces déjame obrar con entera libertad; pero necesito de tí.

—En qué manera?

—Es necesario que tejas una corbata colorada; que sacudas el retrato de Zaragoza y el de Juárez; es necesario irse disponiendo.

—¿Tenemos un cambio de frente?

—No, de espaldas; porque la situación es amarguísima.

Doña Canuta envió por seda roja para la corbata del diplomático, y sacó de una bodega los retratos de Juárez y Zaragoza.

La luna del imperio decididamente entraba en el cuarto menguante.

CAPITULO TERCERO

EL DESTINO.

I.

En el salón formado en los corredores de la casa de Don Alfonso, por cortinas blanquísimas de brín, puestas sobre varillas que mediaban de columna á columna, se encontraban las tres heroínas de esta novela, es decir, las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.

Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago, se entretenían en bordar en un bastidor una elegantísima colcha que habían prometido á Don Alfonso en cambio de unas sortijas.

Las tres amigas reían con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, naciéndole del pescuezo.

Las tres se disculpaban procurando que la falta recayese en las compañeras.

Luz, que tenía un humor bellissimo, dijo á Clara:

—Recuerdas el avestruz que le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?

—Fué de mala intención.

—Yo estaba quemada.

—Y yo, frita.

—¡Ay Guadalupe! un alférez, llamado Poleón, se encargó de estropear á la infeliz mamá.

—He oído un cuento, dijo Luz con misterio.

—¡Hola! ¿tenemos crónica escandalosa? Vamos, Luz desata la lengua.

—Han de saber ustedes, que una cosa que se llama el señor de Cantoya, está casado con otro objeto que se atreve á llamarse Doña Efigenia.

—¡Ah, sí! ya caigo: algo he percibido también. Continúa.

—Pues señoras, esa esposa de Cantoya, se largó antenoche con el alférez Poleón.

—¡Qué barbaridad!

—El alférez la condujo á un carro donde había sacos de cebada y la depositó entre ellos. El señor Cantoya presentó su queja á la autoridad, y se procedió al cateo de los carros y acémilas. Doña Efigenia fué sorprendida infraganti, con una cachucha del alférez con su correspondiente paño de sol, que le